

“La ceremonia fúnebre y los símbolos masónicos”

p. 23-28

María del Carmen Vázquez Mantecón

*Muerte y vida eterna de Benito Juárez
El deceso, sus rituales y su memoria*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2006

90 p.

Ilustraciones

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 46)

ISBN 970-32-4290-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/470/muerte_vida_eterna.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA CEREMONIA FÚNEBRE Y LOS SÍMBOLOS MASÓNICOS

Las honras mortuorias a Benito Juárez, en julio de 1872, se hicieron de acuerdo con una ley que se había emitido desde que en 1836 falleciera el presidente Miguel Barragán, sólo que ahora, dada la independencia entre Estado e Iglesia, suprimieron todo lo que se relacionaba con la intervención de la autoridad eclesiástica en el ceremonial. El cadáver de Juárez fue embalsamado por los doctores Alvarado, Lucio y Barreda, y luego expuesto por tres días —20, 21 y 22 de julio— en el salón de embajadores de Palacio Nacional para que el pueblo lo viera por última vez y le externara su despedida. Lo colocaron en un catafalco cubierto con un paño negro adornado con franjas de plata. A sus pies podía leerse la inscripción: “La Ley”, mientras el cuerpo vestía de etiqueta y mostraba todavía dos emblemas de poder, esto es, la banda tricolor cruzando el pecho y, en su puño derecho, un bastón, símbolo de mando. Cuatro hermanos francmasones, vestidos de negro y llevando en el ojal de la levita la insignia de su grado, acompañaron el cadáver, alternándose cada dos horas, según las prescripciones de la Gran Logia.¹ Incienso, luz azulada, terciopelo negro, guardias de granaderos, ayudantes y masones completaban el escenario visto por miles de personas que desfilaron por ahí en completo orden.²

El mismo día 19, Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia, a quien por ley correspondía ocupar la presidencia en caso de falta del encargado del Ejecutivo y en una repleta cámara de diputados, prometió formalmente guardar y hacer guardar la Constitución y sus leyes, por lo que empezó a funcionar interinamente como primer magistrado de la nación en tanto se llevaban a cabo nuevas elecciones. Al día siguiente, mientras el cadáver de Juárez se preparaba para ser visitado, Lerdo, quien estaba debajo de un dosel, recibió el pésame del cuerpo diplomático, lo que motivó el comentario del oficioso periódico *El Federalista* de

¹ *El Federalista*, 23 de julio de 1872.

² Según *El Distrito Federal*, “pasaban de cien mil” las gentes que lo vieron entre “nubes de perfumes de luminosos pebeteros”, 23 de julio de 1872.

que con ese acto se seguía la tradición secular que rezaba: “Murió el rey, viva el rey.”³ Por su parte, el gobernador del Distrito Federal anunció por bando cuál debía ser el comportamiento de los funcionarios durante los funerales y en general el de los habitantes de la ciudad que, entre otras cosas, tenían que enlutar edificios públicos y casas particulares por donde pasaría el cortejo.⁴

Éste salió de Palacio Nacional la nublada mañana del 23 de julio y se dirigió al panteón de San Fernando,⁵ trayecto inundado por miles de espectadores en calles, balcones y azoteas, que vieron un desfile que demoró dos horas en llegar al cementerio. El cuerpo del Benemérito fue colocado en una caja de zinc fuertemente sellada y ésta en otra de caoba cuyos únicos adornos eran una rama de oliva y otra de laurel enlazadas, en cuyo centro se veían las letras “BJ”. A las diez se abrió la puerta central de palacio y cuatro cañonazos anunciaron que Benito Juárez salía a su destino final. Abría la marcha una escuadra de batidores de caballería en gran uniforme, montados en briosos caballos prietos, y seguían cientos de alumnos de escuelas municipales, lancasterianas y de beneficencia con lazos negros en el brazo izquierdo. Luego iban los artesanos y los obreros con su pancarta que anunciaba que eran “El gran círculo de obreros de México” y, detrás de ellos, los preparatorianos y los universitarios que a su vez precedían a los empleados de las oficinas, sociedades, clubes y miembros del ejército.

Seguía inmediatamente el carro que llevaba el ataúd, tirado por seis caballos tordillos, cubiertos de gualdrapas negras, con sus correspondientes palafreneros y cuyas riendas manejaba el mismo cochero —Juan Udueta— que había estado con Juárez en Paso del Norte. A su vez, los cuatro cordones que pendían de los extremos del féretro eran sostenidos cada uno por el director de la escuela de Jurisprudencia, el comandante general de la plaza, el tesorero general de la nación y un miembro del Ayuntamiento,⁶ y escoltaban

³ *El Federalista*, 20 de julio de 1872.

⁴ Fondo Lafragua, 2712, Bando del gobernador del Distrito Federal Tiburcio Montiel, México, 20 de julio de 1872.

⁵ El Ministerio de Gobernación había cerrado este panteón un año antes. A la muerte de Juárez se abrió únicamente para inhumarlo. Véase Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Imprenta de la Reforma, v. 1, 1880, p. 376-377.

⁶ Respectivamente, Luis Velásquez, Alejandro García, Manuel Izaguirre y Alfredo Chavero. Esos cordones, llamados entonces “arrees luctuosos”, representaban para la masonería las cuatro virtudes cardinales: templanza, fortaleza, prudencia y justicia, que, es de suponer, practicaba la gran mayoría de los hermanos.

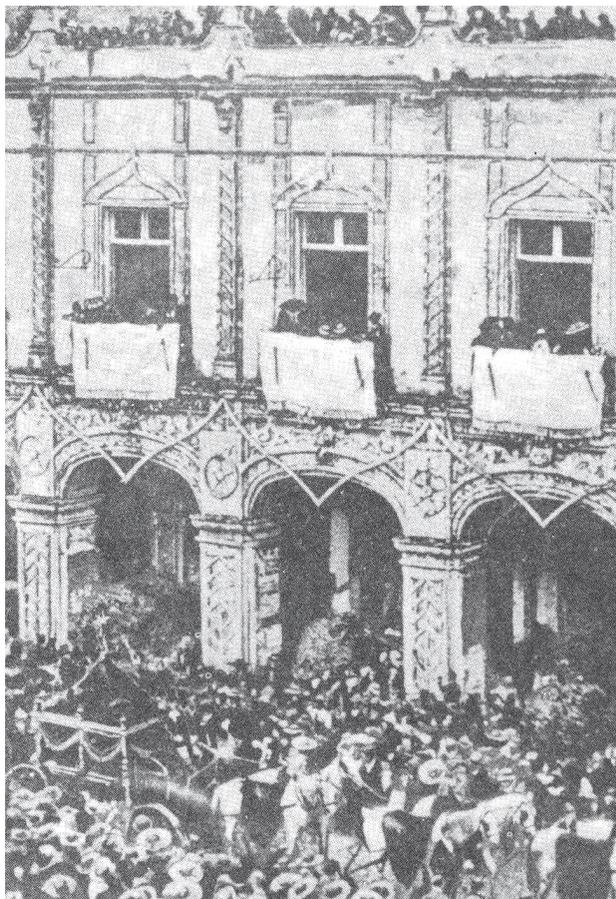


Figura 5

el cuerpo los ayudantes de don Benito y una compañía del primero de infantería con su banda, aunque ésta no era la única, ya que otras tres se sumaron para ejecutar “lúgubres melodías”, entre ellas “reiteradamente la marcha *lone*”.⁷

En la parte superior del carro fúnebre en que eran conducidos los restos mortales de Juárez, brillaba una estrella masónica de metal amarillo con cinco puntas, posada sobre un compás y una escuadra.

⁷ *El Federalista*, 24 de julio de 1872.

Estos dos últimos símbolos representan respectivamente el cielo y la tierra y, por ende, la libertad, para vincularse con toda la humanidad y la disciplina para regular las acciones en función de alcanzar la perfección y el progreso. Asociados con la estrella, hacen que ésta figure al hombre regenerado, radiante como la luz, en medio de las tinieblas del mundo profano.⁸

No podían faltar en ese cortejo los que fueran un emblema muy importante del gobierno del finado: el carruaje que usaba en las grandes funciones oficiales y el coche que empleó muchas veces para poder cambiar de residencia la amenazada soberanía, que desfilaron totalmente tapizados en negro. Ambos precedían a los masones del Rito Escocés y Mexicano, “de riguroso luto con guantes blancos y una rosa roja en el ojal izquierdo de la casaca”,⁹ y a toda la clase política en turno, esto es, diputados, periodistas, abogados, comerciantes, secretarios del despacho y miembros del cuerpo diplomático.

Venían después más de cincuenta carruajes,¹⁰ ocupados por funcionarios de alto rango, así como por los personajes de la vida privada del amigo y padre de familia que fue igualmente el Benemérito. También en esa sección estaba el presidente Lerdo, quien fungió como “doliente oficial” y que se dejó ver en el mismo vehículo en que iban el cuñado y el yerno de Juárez, respectivamente José Maza y Manuel Dublán, “dolientes” que representaban a la familia. Por último, cerraban la marcha algunos batallones del cuerpo militar.

Desde la puerta del cementerio instalaron una alfombra de hojas de mirto y de ciprés. Para el ataúd fue levantado un monumento efímero en uno de los ángulos del jardín, que era la reproducción de un pequeño *Partenón* con banderas tricolores en una de sus

⁸ Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986, p. 484. En la fotografía que presento no pueden apreciarse más que usando una lupa. Sin embargo, en varios periódicos como, por ejemplo, *México y sus costumbres*, en ese mismo julio de 1872 fue publicado un dibujo del tamaño de las dos páginas que muestra al cortejo y, con toda claridad, los símbolos aludidos.

⁹ Carta de Eugenio Barreiro a Manuel Romero de Terreros, en Manuel Romero de Terreros, “Los funerales de Juárez”, en *Historia Mexicana*, v. VII, n. 26, octubre-diciembre de 1957, p. 217 a 220.

¹⁰ Esta cifra la da *El Federalista*, *ibid.* Por su parte, *El Siglo Diez y Nueve*, 24 de julio de 1872, dice que eran más de sesenta, mientras *La Iberia*, 25 de julio de 1872, sólo apuntó que desfilaron todos los coches particulares que hay en México. Por último, Eugenio Barreiro en carta a Manuel Romero de Terreros le expresó que cerraron la marcha “más de cien carruajes de los mejores trenes de México”, *op. cit.*

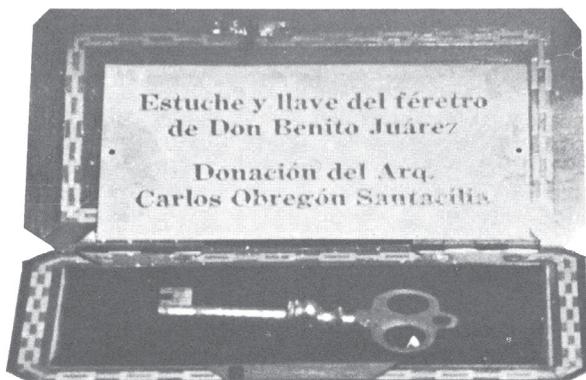


Figura 6

bases y con el águila nacional de luto. En el triángulo superior pintaron el Alfa y el Omega, símbolos masónicos de todo principio y de todo fin,¹¹ y en la cúspide pusieron una pequeña escultura con el busto del héroe homenajeado. La caja fue colocada encima de una urna funeraria cubierta con coronas de laurel y siemprevivas, mientras muchos cirios rodeaban el monumento y de dos jarrones de alabastro se desprendía el humo del incienso. La bandera nacional enlutada ondeaba en manos del portaestandarte del batallón de los Supremos Poderes, rodeado éste por una guardia de honor.

Acomodaron muchas sillas y sillones que fueron ocupados por los altos funcionarios y los convidados. Al centro de un “templete” se sentó el presidente Lerdo con los otros dos “dolientes” y comenzó la ceremonia luctuosa, oyendo todos las doce piezas oratorias que fueron preparadas para la ocasión y a las que me referiré en el siguiente apartado,¹² pero de las que es necesario señalar

¹¹ Según el cronista de *El Ferrocarril*, 24 de julio de 1872, eran símbolos masónicos adecuados al objeto y estaban prevenidos en el ritual. Por otro lado, se ha señalado que las dos letras solían emplearse en el adorno de sepulcros cristianos para indicar que el difunto había considerado a Dios como su principio y su fin último (Hans Biedermann, *Diccionario de símbolos, op. cit.*), pero también que, aunque están presentes en la simbología cristiana, “en la masonería originan una nueva constelación de ideas” (varios autores, “Arquitectura y simbolismo como imagen de la muerte en el cementerio de La Plata”, en *Imagen de la muerte*, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 2004).

¹² José María Iglesias fue el orador oficial; Ignacio Silva, masón, representaba a los diputados; Alfredo Chavero, masón, al Ayuntamiento; Francisco T. Gordillo habló en nombre de los masones del Rito Nacional Mexicano; José María Vigil representaba a los

que cuatro de ellas fueron dichas por masones de distintos ritos. Después de los discursos, bajaron el féretro del monumento y lo inhumaron en la cripta de la familia. En el momento preciso en que “los venerados despojos” eran depositados, fue inclinada la bandera mexicana y resonaron veintiún cañonazos. El acto terminó cuando el gobernador de palacio entregó la llave de la caja que contenía los restos mortales de Juárez al ministro Lafragua, quien a su vez la depositaría según la ley en el archivo de Relaciones Exteriores.

No faltaron después las crónicas que vieron a individuos del pueblo queriendo quitar los caballos del carro fúnebre para conducirlos ellos, lo que, según esto, fue impedido por las autoridades,¹³ ni los comentarios mordaces que señalaron que los adornos de dicho vehículo eran de “pésimo gusto” y ostentaban “signos masónicos” en la parte más elevada.¹⁴ Tampoco las cifras exageradas sobre el total de los que desfilaron y de los que vieron el desfile, ni las frases contundentes que sintieron a todos profundamente conmovidos y que aseguraron haber visto de muchos ojos brotar las lágrimas.¹⁵ Los periódicos en general coincidieron al escribir que en San Fernando no pudo entrar la mayor parte de la gente que lo intentó, y fue *El Distrito Federal* el que opinó que la ceremonia hubiera terminado hasta la noche, de no ser por una “inoportuna llovizna” que dispersó a todos hacia las dos y media de la tarde. Aquí también informaron que a la entrada de la tumba se colocó una lápida de mármol que sólo decía “Benito Juárez”, que en adelante sería como un “nombre sagrado ante el cual todas las frentes se inclinarían siempre”.¹⁶

periódicos de la capital; José María Baranda a la Sociedad Filarmónica Mexicana; Roque J. Morón a la Sociedad Médica Pedro Escobedo; Victoriano Mereles fue el orador del Gran Círculo de Obreros; José Rosas Moreno, masón, dijo una composición poética; los niños Antonio Alba y Salvador Martínez Zurita hablaron en nombre del Tecpan de Santiago (escuela de artes y oficios ubicada en Tlaltelolco) y Gumersindo Mendoza representaba al Consejo Superior de Salubridad.

¹³ *El Diario Oficial*, 24 de julio de 1872.

¹⁴ *El Ferrocarril*, 24 de julio de 1872.

¹⁵ *El Monitor Republicano*, 24 de julio de 1872, y *La Iberia*, 25 de julio de 1872. Eugenio Barreiro contó que concurrieron los 250 000 habitantes que tenía el Distrito, *op. cit.*

¹⁶ *El Distrito Federal*, 25 de julio de 1872.